

Cogido con una mano á la hermosa crin del Roncador cual si tuviese necesidad de aquel punto de apoyo para sostenerse en la silla, el coronel Tres Villas sofocó un grito de felicidad. En seguida ocultó en su pecho un objeto que le dió el mensajero quien á su vez, á una palabra de don Rafael, dió un salto prodigioso que atestiguaba la loca alegría que le embargaba.

Entonces el coronel sacó su puñal; y sus jinetes oyeron que decía al Zapote á media voz:

— ¿Dios no quiere entonces que este hombre muera, puesto que es ahora cuando te envía hacia mí?

Y olvidando que al fin tenía en su poder á su más mortal enemigo, al asesino de su padre; olvidando su juramento de odio para no acordarse, en medio de las deliciosas sensaciones de que estaba lleno su corazón, sino del juramento de clemencia que hiciera á la misma Gertrudis, don Rafael se inclinó sobre la grupa de su caballo y cortó el lazo que amarraba al miserable á quien la llegada inesperada del Zapote acababa de salvar la vida.

El coronel, sin dignarse siquiera de oír los agradecimientos que le dirigía el bandido inmóvil sobre la arena, se volvió hacia el mensajero:

— ¿Dónde está la que te envía? — le preguntó.

— Allá — respondió el Zapote enseñando con el dedo una litera que se ponía en marcha escoltada por cinco hombres á caballo.

Desembarazado del cuerpo humano que lo espantaba, el Roncador no se resistió esta vez á correr en dirección del punto en que las cortinillas de la litera de Gertrudis, ondulaban á los últimos rayos de la luna.

CAPÍTULO X

LO FANTÁSTICO Y LA REALIDAD

Sin embargo, cual si los alrededores del lago de Ostuta, hasta entonces tan desiertos, se hubieran hecho de repente el lugar de una cita general, brillaron luces á lo lejos; y se presentó otra litera de brazos en dirección distinta de la que seguía la de Gertrudis.

Una media docena de indígenas la precedían, iluminando el camino con ramas encendidas de *ocote* (1) que llevaban en la mano.

Á la voz de don Rafael, la escolta de Gertrudis había hecho alto y en aquel momento las angarillas que habían llegado también á la orilla del lago, se detuvieron asimismo. Los Indios que las acompañaban, se pusieron entonces á registrar el cañaveral á favor de sus antorchas.

Una distancia de dos ó trescientos pasos separaba á los grupos formados alrededor de las dos literas.

Furioso al ver que las orillas del lago se poblaban otra vez, Costal se lanzó hacia ese lado y arrancando á uno de los Indios la antorcha que llevaba, dirigió vivamente su caballo hacia las angarillas.

(1) *Pinus picea*.

Á la vista de aquel jinete que se echaba sobre ellos con el rostro desfigurado por la cólera, las riendas entre los dientes, una antorcha en una mano y en la otra una espada sangrienta, se espantaron los cargadores de las angarillas, las dejaron caer por tierra bruscamente y echaron á correr á toda prisa. Un grito sofocado partió del fondo de la litera, cuyas cortinillas se apresuró á apartar el capitán que había seguido á Costal. A la luz de la antorcha del Zapoteca, apareció un rostro cadavérico manchado de sangre. Don Cornelio reconoció inmediatamente al joven español víctima de la ferocidad de Arroyo y de la avaricia de su cobarde cómplice. El moribundo se estremeció al ver á Costal; y con voz casi apagada:

— ¡Oh! ¡no me hagan daño! ¡Tengo tan poco tiempo de vida!...

Lantejas hizo seña á Costal de que se alejara; y con palabras afectuosas calmó las quejas del desgraciado joven.

— ¡Gracias, gracias! — le dijo éste. Luego, volviendo hacia él sus miradas suplicantes: — ¿No la ha visto Ud.? agregó.

Estas palabras fueron un rayo de luz para don Cornelio: el fantasma huyendo de la hacienda de San Carlos y la blanca aparición entre los cañaverales del lago, fueron á sus ojos una misma y desgraciada criatura. Dos veces había visto viva aún, á la que el español no volvería á ver sin duda alguna sino muerta. Con el alma turbada por los recientes acontecimientos de la noche y temiendo también amargar aún más los últimos instantes del moribundo, don Cornelio no sabía qué contestar.

— No sé — dijo vacilando. — No he visto á nadie... sino á los bandidos, dos de los cuales están tendidos sin vida.

— ¡Búsquela por el amor de Dios! — replicó el español. — No debe de estar lejos... Hablo de mi mujer... Hallamos por allí este pañuelo de seda... luego este

zapato. ¡Ah! ¡si pudiera al menos abrazar á Marianita antes de morir!

Y al hablar así, el joven atormentado por la angustia y con aspecto desgarrador, enseñaba los dos objetos pertenecientes á aquella, á quien probablemente los cañaverales del lago devolverían sin vida.

El capitán dejó caer las cortinillas de la litera y se reunió á Costal que continuaba exhalandando todo el furor que le inspirara la cruel contrariedad que acababa de experimentar.

Don Cornelio quiso comunicarle los temores que le embargaban á propósito de la joven señora...

— ¡Ud. está loco! — le dijo el Indio en tono de mal humor. — La mujer que Ud. vió entre las cañas, es Matlacuezc... ¡Y ya iba yo á enlazarla entre mis brazos cuando ese infame bandido la hizo desaparecer! — agregó con rabia.

— ¡El loco es Ud. desgraciado pagano! ¡La pobre criatura que sin duda fué herida por la bala destinada á Ud., no es otra que la esposa de ese pobre joven!

Mientras que con los ojos fijos en la litera el capitán trataba de desvanecer las ilusiones que alimentaba Costal, los portadores de antorchas y los de las angarillas, repuestos ya del susto, practicaban investigaciones por las orillas del lago.

De repente uno de ellos lanzó un grito horrible.

— ¡Aquí está! — exclamó.

Luego, á este grito siguió un fúnebre aullido al estilo indígena, aullido que llevó al español la noticia de la desgracia que habrían querido ocultarle.

El capitán oyó que lo llamaba y corrió hacia él. Se había medio incorporado, espantados los ojos, la boca abierta.

— ¡Muerta, muerta! — exclamaba.

— Espere, espere Ud., tal vez ese hombre se equivoca.

— ¡Muerta le digo! — Y, después de una corta pausa, volviendo á su rostro la calma: — ¿Qué más puedo esperar? — agregó. — Ha escapado á los ultrajes y yo tam-

bién voy á morir. ¡Ay amigo mío! ¡La muerte es para mí más dulce que la vida! ¡Ella me unirá á la que he amado más que á mí mismo!

Y, como esos moribundos que se acomodan para morir, el joven recostó suavemente su cabeza sobre la almohada y con una mano llevó hasta los ojos la colcha que lo cubría. En seguida arregló con la otra mano cuidadosamente un lugar á su lado como si hubiese querido preparar el lecho fúnebre de la que jamás volvería á ver.

Don Cornelio corrió á reunirse con Costal; y arras-trándole hacia el lago:

— ¡Venga — le dijo — y verá!

Ambos se dirigieron al punto de donde había partido el grito.

Una saya blanca desgarrada por las zarzas, manchada de sangre y de verdusco limo, envolvía como en un sudario el cuerpo inanimado de una joven á quien los Indios habían depositado sobre un lecho fabricado con cañas. Algunas hojas verdes, que sobresalían alrededor de su cabeza, constituían su último adorno.

— ¡Es bella como la diosa de las aguas! dijo Costal. — ¡Pobre don Mariano! — concluyó. — ¡Allí está muy lejos de pensar en que ya no tiene sino una hija!

Y se alejó con la cabeza baja y pensativa; el capitán lo siguió.

— ¡Y bien! — le preguntó. — ¿Sigue Ud. creyendo haber visto á la esposa de Tlaloc?

— Yo creo lo que mis padres me enseñaron á creer — respondió el Indio con tono de desaliento. — Creo que el hijo de los caciques de Tehuantepec morirá sin haber podido recobrar el antiguo esplendor de su familia. ¡Tlaloc no lo ha querido!

Fácilmente se explicará cómo, turbado el espíritu hasta el vértigo por el terror que le inspiraban los bandidos de Arroyo, se había extraviado la joven esposa de don Fernando.

Cuando llegó al lago, le pareció que el espeso cañaveral que crecía en sus orillas le ofrecía un seguro asilo al

cual nadie iría á buscarla. Así pues, allí se refugió.

Así también, fácilmente se explicará la presencia de Arroyo y de su tropa en el mismo lugar. Siguiendo las huellas que tras sí dejara la desgraciada criatura á quien perseguían, llegaron hasta aquel refugio, dejando á su vez sus propios rastros que pronto hallaría don Rafael. Uno de los hombres del guerrillero distinguió á Costal nadando en el lago y próximo á prender á la que su loca imaginación le representaba como la diosa de las aguas. Ardiendo en deseos de vengar la muerte del Gaspacho, el bandido disparó sobre el Indio; pero mal dirigida la bala, hirió á la víctima inocente que, buscando en el lago fatal un asilo contra los ultrajes que la amenazaban, no debía encontrar sino la muerte.

La súbita é inesperada presencia del infortunado don Fernando en las orillas de aquel mismo lago, parecerá quizás más inexplicable, pues que dejamos al desgraciado joven preso en su casa y casi expirante en medio de los tormentos que su verdugo le hiciera sufrir. Algunas palabras bastarán, sin embargo, para dar al lector una completa explicación.

La mujer de Arroyo á quien los celos tornaban clarividente, no se había engañado acerca de las culpables intenciones de su marido con respecto á doña Marianita.

Pensando que don Fernando, tan pronto como se viera libre, hallaría tal vez el medio de substraer á su joven esposa de la avidez del bandido, la marimacho se apresuró á darle libertad lo mismo que á algunos de sus servidores. Se quedó con los otros réhenes. Esperaba además que con eso, que ella consideraba como un acto de clemencia, se desarmaría la cólera del vencedor.

Una parihuela en la que se había depositado á don Fernando sirvió para transportarle fuera de la hacienda. Los Indios que le precedían, siguieron á favor de sus antorchas, las huellas que la joven dejara en su fuga; y esas huellas lo mismo que los dos objetos que encontraron, les condujeron naturalmente hasta el lago. Allí debía casi confundirse el último suspiro de don Fernando

con el de la pobre Marianita que apenas le precedía algunos instantes. ¡No lloremos á aquellos á quienes la parca une; lloremos, sí, á los que ella separa!

— ¡Es una brava hembra! — había dicho el teniente catalán refiriéndose á la mujer de Arroyo, al saber la libertad que diera al joven español. — Así pues, la colgaré por la cabeza... aunque no sea sino por decencia...

Agreguemos, para concluir con toda explicación, que al día siguiente al rayar el alba, el catalán se apoderó á viva fuerza de la hacienda; y que, hecha excepción de la marimacho que fué colgada por el pescuezo, todos los bandidos lo fueron por los pies, tanto los vivos como los muertos. El bravo é implacable teniente había jurado utilizar toda su provisión de cuerdas y á fe que cumplió religiosamente su juramento.

Diós, sin duda, quiso preparar y fortificar el alma del padre contra la desgracia que iba á herirle, haciéndolo testigo de la dicha de la hija que le quedaba como su ángel de consuelo.

Al buscar al coronel en San Carlos, supo Gaspar el saqueo de la hacienda por los bandidos, la huida de Marianita y el cruel suplicio á que se sujetó á don Fernando y comunicó á su amo todos estos sucesos, pues le reconoció perfectamente á la luz de la luna cuando llegó á las orillas del lago.

Temiendo sin embargo que si le veía don Mariano retirase la orden de llevar el mensaje de Gertrudis á don Rafael, ó por lo menos que se demorase, atrevió el bosque para llegar cuanto antes al lugar en que estaba el coronel; y he aquí por qué, temeroso de que le reconocieran por la voz, no contestó al llamado del Zapote.

Las orillas del lago poco ha tan bulliciosas, se sumergieron otra vez en su sombrío silencio. Se aproximaba el instante en que debían quedar en su muda soledad.

Don Cornelio y sus dos compañeros habían desaparecido.

El cortejo fúnebre se había puesto ya en marcha hacia la hacienda de San Carlos. Una muerte cruel acababa de

unir para siempre las almas de los dos jóvenes esposos; una misma camilla debía reunir también sus cuerpos inanimados. Los Indios que la conducían, marchaban en silencio.

Don Mariano, acompañado de sus servidores á los cuales se habían unido Gaspar y el Zapote, seguía el convoy. Tras ellos y á larga distancia, cerraban la marcha los jinetes de la escolta de don Rafael.

El solemne silencio de la muerte reinaba por todas partes.

Ahora, nada nos impide oponer al cuadro fúnebre que acaba de pasar bajo nuestros ojos el de la más sublime felicidad que haya sido dado gozar al hombre en la tierra: ¡éxtasis deliciosos de un amor correspondido, con frecuencia precedidos de largos y crueles tormentos, pero que jamás se han comprado demasiado caros!

Solos, á igual distancia de don Mariano y de los jinetes del coronel, dos personajes cambiaban en voz baja palabras que ningún oído indiscreto podía escuchar.

Absortos desde que se juntaron, en los sentimientos de la dicha que se desbordaba de sus corazones, parecían extraños á cuanto pasaba á su alrededor. Don Mariano, devorando en silencio su dolor, les dejó en la ignorancia de la doble desgracia que acababa de herirle. Sabía el tierno cariño de Gertrudis hacia su hermana y temió que, en el estado de debilidad en que se hallaba, sería para ella golpe mortal, sin haberla preparado previamente, la noticia del triste fin de Marianita.

Don Rafael, á caballo al lado de la litera que conducía á Gertrudis, se inclinaba sobre su silla para no perder el más leve de sus acentos y recoger cada una de sus palabras con la avidez del viajero que, devorado por la sed, se arroja al fin hacia la fuente con que soñaba para aspirar á grandes tragos el agua pura y límpida.

Una vaga y confusa claridad que penetraba apenas en la litera á través de las cortinillas medio cerradas, permitía á don Rafael apreciar los contornos indecisos del rostro de Gertrudis.

Esta semi-obscuridad, tan favorable para la joven, le servía para ocultar su dicha y su confusión, que se traducían en el vivo encarnado de sus mejillas, tan pálidas hasta entonces.

Arrebatada por la violencia de su pasión, lanzaba miradas furtivas á su amante para apreciar si los tormentos de la ausencia, habían impreso sus huellas también sobre su rostro.

Pero, digámoslo sin rodeos, el incurable amor en que el coronel se consumía, marcó su huella por una profunda melancolía extendida en todas sus facciones; y en aquel instante, su fisonomía irradiaba de dicha. Es que don Rafael no dudaba del amor de Gertrudis; Gertrudis dudaba del suyo.

La joven suspiraba; y sin embargo, aquel amor purísimo, cuyas explosiones veía impresas sobre el rostro de su amante á favor de los íntimos rayos de la luna, debía haberla tranquilizado y disipar hasta la más ligera de sus desconfianzas. Don Rafael se ocupaba en esta dulce tarea.

— Yo no puedo creerle, Rafael — decía Gertrudis — pero respecto á la sinceridad de mis palabras, Ud. no podía dudar, ¿no es verdad? Pues ese mensaje le decía claramente que yo no podía... vivir... lejos de Ud... Entonces vino Ud... ¡Oh Rafael! — agregó exhalando un sollozo de dolorosa dicha que en vano trató de sofocar. — ¿Qué me dirá Ud. para convencerme de que me ama siempre?

— ¿Qué diré? — replicó sencillamente don Rafael. — Nada, Gertrudis: yo le juré que, aun en el caso de que tuviese levantado el puñal para herir á mi más mortal enemigo, mi mano quedaría suspensa y sin herir para seguir á su mensajero. He venido y aquí estoy.

— Ud. es generoso, lo sé, Rafael; pero... Ud. lo había jurado... ¡Oh Dios mío! — exclamó Gertrudis con espanto. — ¿Qué oigo?

Un horrible grito de auxilio acababa de resonar en la llanura y repercutido en las rocas del Monapostiac con tan lúgubre entonación que la joven se estremeció de espanto.

— No es nada — respondió el coronel. — Es la voz de Arroyo. Arroyo es uno de los dos asesinos de mi padre ante cuya cabeza separada del cadáver y aún sangrienta, juré perseguir al monstruo sin misericordia... ¡Chut! ¡Gertrudis! No tema Ud. nada — añadió como para responder á un nuevo gesto de espanto que hizo la joven. — El bandido está agarrotado sobre la arena. Tenía en mi poder al hombre á quien inútilmente había perseguido durante dos años, cuando llegó su mensajero... Entonces corté el lazo que amarraba al asesino á la cola de mi caballo... para acudir más de prisa hacia Ud...

Gertrudis casi desfalleciente, dejó caer la cabeza sobre los cojines de su litera; y como don Rafael espantado se inclinó hacia ella:

— Su mano, Rafael — dijo con voz ahogada — por la inmensa dicha que me da!

Y don Rafael sintió, temblando de placer, la dulce presión de los labios de Gertrudis sobre la mano que se había apresurado á alargarle.

Pero muy pronto también, avergonzada por aquella confesión de su amor, Gertrudis cerró rápidamente las cortinillas de su litera para gustar en la sombra y sólo ante la mirada de Dios, la suprema felicidad de verse amada como ella amaba, felicidad que la ahogaba, es verdad, pero á la cual sentía deber la vida.

Como esos fantasmas que á veces evoca la imaginación ó que el sueño pone á nuestra fantasía, y que parecen desvanecerse uno á uno, los diversos personajes que acabamos de ver sufrir, amar ó combatir: Fernando y Marianjita tendidos sobre su lecho funerario; Gertrudis en su litera renaciendo á la vida, don Rafael, don Mariano y su servidumbre, todos se alejaban poco á poco de la escena en que los hemos contemplado por última vez. Don Cornelio, Costal y Clara, lo hemos dicho ya, habían desaparecido. El último de los jinetes de la escolta del coronel que cerraba la marcha fúnebre, se perdía á su vez tras el velo de cedros que borda el Ostuta por el oeste.

Sobre la desierta orilla del lago, sólo quedaban dos cuerpos inmóviles: uno muerto, era Bocardo. El otro, vivo, era Arroyo, destinado, según que su hora hubiese ó no sonado, á ser el pasto de los buitres, á expiar sus crímenes bajo el puñal de algún realista ó á excitar la piedad de algún insurgente.

La luna había desaparecido tras las colinas y se había apagado ya la vidriosa transparencia que su luz prestara, como un simulacro de vida, al cerro encantado. Sus rayos no se quebraban ya sobre las aguas del lago. El Monapostiac y el Ostuta habían recobrado, el uno, su aspecto sombrío y lúgubre, el otro su triste y melancólica tranquilidad: era la espantosa calma de la muerte en medio de la soledad.

EPÍLOGO

La doble tarea de narrador y de historiador que nos habíamos impuesto, está próxima á terminar; y no nos queda sino muy poca cosa que agregar á nuestro relato para completarlo.

Ante todo, debemos hablar de la misión del capitán Lantejas; y á este efecto creemos que nada mejor podemos hacer que transportarnos á la época en que el buen canónigo de Tepic, don Lucas Alacuesta, nos contó sus aventuras. Prestaremos á su propia narración lo que se refiere al asunto que nos ocupa.

« A mi llegada á Oaxaca — me dijo don Lucas — adonde no pude penetrar sino después de correr gravísimos riesgos, me fui á casa de mi tío, quien había creído prudente dejar su hacienda de San Salvador é irse á la capital de la provincia en tanto que duraran las agitaciones que devoraban al país. Había notado en sus diversas conversaciones, cierta tendencia á criticar los actos del gobierno y me había parecido ver en él alguna simpatía por la causa de la insurrección. Me decidí entonces desde los primeros días, á franquearme con él, dándole á conocer mi posición con Morelos, lo mismo que la comisión de que me hallaba encargado. Pero ¡cuán torpemente me había equivocado! Apenas concluí de hablar cuando mi tío con los ojos inflamados de ira, pudiendo apenas contenerse y persigándose cual